

# LA FORMA DE LA LUZ FRAGMENTOS

Alicia Ribas Roca

# 1

Para Teresita, quien me enseñó como pasan los ángeles y para mi dulce Andrea, quien ve la grandeza de los detalles.

Giulia Febres se detuvo y una ráfaga de viento la hizo parpadear mientras leía el letrero de la esquina: La calle del Ciompi. Avanzó por la callejuela de fachadas de arquitectura medieval, con algunas bicicletas apostadas en sus veredas estrechas hasta la siguiente esquina y revisó nuevamente el nombre de la calle.

—Debe ser por aquí —se dijo a sí misma en voz alta.

El Instituto de arte Muscatello ocupaba todo un edificio y colindaba con el famosísimo Teatro Ornello. Giulia ingresó por el portón del Instituto a través de unas grandes puertas dobles de madera, pintadas en verde con aldabas de leones de bronce, que permanecían abiertas y sobre las que reposaba el número doscientos doce.

Dentro del edificio se topó con una tienda con paredes de vidrio sobre las cuales se leía el letrero:

*Tienda de Cristal*

*Materiales de arte y pigmentos importados.*

*Abierto de lunes a viernes de 9:00–13:00*

*16:00–19:30 horas.*

*Se reciben inscripciones del Instituto.*

Avanzó hacia los estantes de bisutería, porta vasos, cerámicas, oleos, pinceles y todo tipo de pigmentos y materiales de arte. La tienda y las inscripciones estaban a cargo de una señora de pelo rojizo, capaz de hablar mil palabras por minuto y vender la mercadería a tres personas al mismo tiempo.

La señora se encontraba sentada en su escritorio, frente a dos estudiantes de cara somnolienta, vestidos enteramente de negro, sentados en sillas de aluminio.

Giulia esperó a un lado y la señora pronto reparó en ella.

—Buona sera, bella, yo soy Donna Vitale —alzó la mirada— ¿Vienes a inscribirte?

—Ya estoy inscrita. Envié mi documentación por correo —contestó Giulia.

—¿Eres de primer año?

—Sí, es mi primer día. Soy Giulia Febres, de primer año.

—¡Oh! Giulia Febres. El señor Muscatello me pidió que le avise cuando llegues —murmuró Donna mientras revisaba una hoja impresa.


Giulia abrió la boca para preguntar por qué el señor Muscatello querría verla, pero la mirada curiosa de los estudiantes de negro, que se encontraban a su costado la hizo cerrarla.

—Los tres están en la misma clase —anunció Donna—. Vayan por las escaleras al Salón Pitti, en el segundo piso. ¡Vamos! A moverse.

Giulia subió con el resto del grupo por unas escaleras amplias de piedra pulida, que se encontraban tras la oficina. Las escaleras eran ruidosas y alegres, ¡Buona sera!, se escuchaba cada dos escalones, y el eco subía hasta perderse en el corredor del segundo piso, donde el silencio primaba en los talleres y las clases.

Había cerca de catorce salones. El salón Pitti, justo a la derecha de las escaleras, era el más pequeño. Se apretaron en unas bancas de madera oscura. Federico Monti, el profesor encargado de historia del arte, se ajustó las gafas, se peinó el bigote, subió a un banco que le permitía la vista de todo el grupo y luego dio una introducción sobre los métodos de trabajo y una larga lista de libros, tres de los cuales debían ser leídos en el mes: *Poética de Aristóteles*, *Historia del Arte de E.H. Gombrich* y *El complot del Arte de Baudrillard*.





—En la Biblioteca quizás encontremos esos libros —su compañera de banca se agachó para amarrar el cordón de uno de sus tenis—. Soy Carina —se retiró el pelo ensortijado de la cara— si quieres vamos juntas mañana, y puede ser que encontremos libros en otros idiomas.

—Gracias, si me gustaría —contestó Giulia—, aunque no sé si podría leer libros en otros idiomas.

—¡Oh!, pensé que eras extranjera. Tienes rasgos exóticos.

Giulia sintió que se le encendía la cara. Había recogido su pelo, de un color cobrizo singular, con una coleta.

—¿Arriba hay más salones? —preguntó Giulia

—¿El tercer piso? No, allí no se dictan clases. El último piso lo ocupa el dueño del Instituto, Hugo Muscatello —contestó Carina.

Su primer día en el instituto pasó como un suspiro. Al atardecer, camino a su departamento, atravesó con pisadas amortiguadas la Piazza della Signoria. La sensación continua de prisa, esa que se queda pegada en el cuerpo de todos los que han vivido en ciudades concurridas, desaparece pronto en Florencia. Las impresionantes esculturas y los edificios históricos gritan a toda voz: ¡Mírame, soy digno de admiración! Y Giulia, deteniendo su caminata, también cedió ante la grandeza de la ciudad. El clima era agradable. Había dejado de llover y las baldosas grises lucían brillantes, con pequeños charcos en sus esquinas. Los visitantes se aglomeraban tomando fotografías entre las colosales esculturas expuestas a simple vista bajo los arcos arquitectónicos.

Le pareció que el cielo, de un azul intenso con las nubes blanquísimas sobre el techo del Palazzo Vecchio, era igual al de la primera vez que cruzó por la piazza, hace un mes.

Cuando se le presentó la oportunidad de ingresar a el Instituto de Arte Muscatello vendió sus pocas pertenencias y se trasladó a Florencia. Durmió varias noches en un hostel económico, hasta que encontró un piso: un ático en el sexto piso de un edificio en la Vía del Moro, bueno, un intento de ático, más bien era una estructura de madera y vidrio sobre la terraza. Fue difícil convencer al arrendatario quien había estado reacio a alquilarle el piso. No quería entregarle el espacio a una estudiante, le había dicho. Ella logró convencerlo explicándole que era la más apropiada para subir los seis pisos, que no tenía problemas con las goteras, ni con atravesar la terraza para ir al cuarto de aseo común que se encontraba en el piso inferior.

«Había sido una suerte encontrar el espacio», pensaba Giulia recordando el gran ventanal de su habitación orientado hacia la impresionante vista del Ponte Vecchio. Tenía un colchón bajo el tejado inclinado, un sofá azul y un mesón de piedra que separaba el área de la cocina. Poco después supuso que el motivo por el que el ático no había sido arrendado era el frío del invierno, que se colaba por el ventanal como larvas de hielo.

Cuando llegó la noche y regresó al ático, Giulia estaba tan entusiasmada que pensó que no iba a poder dormir, se soltó la coleta y se tumbó sobre el colchón; las emociones del día la habían dejado exhausta y cuando cerró los ojos, sólo un pensamiento la inquietó: ¿Por qué querría el dueño del instituto que le avisaran cuando ella llegase? Giulia no encontró un motivo y se tranquilizó pensando que quizás era así con todos los estudiantes. Abrazó la almohada y durmió hasta el día siguiente.

2 Donna Vitale cerró la tienda de materiales y colocó los papeles con sus dedos regordetes en una carpeta, cuidando de no dañar sus uñas pintadas de fucsia. Le gustaban las rutinas y durante los diecisiete años que había trabajado para los Muscatello, cada primer día del semestre se reunía con el director, es decir con Hugo, para entregar su informe.

Donna tocó la puerta del tercer piso de la oficina de Hugo, con la carpeta en mano.

—Adelante —dijo Muscatello.

El rostro pálido de Hugo resaltaba detrás del escritorio, la amplitud de la silla de cuero y las solapas del saco oscuro lo hacía parecer más grueso de lo que realmente era. Donna había conocido al padre de Hugo, y aún le asombraba el parecido físico: las cejas definidas, los labios finos, el pelo negro azabache. Hugo Muscatello hijo era más corpulento y bastante más atractivo.

Al principio le preocupó que una persona tan joven estuviese a cargo del instituto, pero Hugo fue capaz de desplegar una simpatía de la que su padre había carecido y la clientela se multiplicó a los pocos meses de su llegada.

Donna tomó una bocanada de aire, quizás había subido muy rápido los tres pisos del instituto.

El director la invitó a sentarse y tomó entre sus manos, de uñas cortas y bien cuidadas, la carpeta que ella le proporcionó.

Hugo mantenía la oficina elegante: madera retocada en aceite de muebles, piso reluciente y almohadones mullidos, pero un desagradable olor ácido y cortante invadía el ambiente.

—¡De nuevo!, iese olor, es insoportable! —exclamó Donna dirigiéndose a la ventana, que abrió de par en par con grandes aspavientos.

—¿Llegó Giulia Febres? —preguntó Hugo mientras ojeaba el contenido de la carpeta.

—Sí —dijo Donna luego de haber asegurado la ventana—, fue una de las primeras.

—El aire frío del exterior llenó rápidamente la habitación, pero el olor ácido y pesado no se dispersó del todo—. ¿No le molesta el olor? ¿Sabe usted que los murciélagos pueden manchar el techo con sus excrementos?

—¿Qué tal le pareció? —preguntó Hugo mirando al techo.

A Donna le preocupaba la cubierta de la oficina, de un acabado de yeso blan-co con molduras dobles en las esquinas, pues como en todos los tejados sin losa, el espacio entre las tejas externas del techo del edificio y el yeso interior era lo sufi-cientemente amplio para varios nidos de murciélagos.

—Me pareció que tuvimos un buen inicio. Tenemos cinco alumnos más que el año pasado, además dos estudiantes vienen de Alemania y uno de Noruega.

—Me refiero a la chica Febres —Hugo devolvió la carpeta.

— ¡Ah! ¿Febres? Bien, me pareció muy bien. No habla mucho. Hugo, el olor ya está bajando por las escaleras, necesitamos deshacernos de esa peste de murcié-lagos, quién sabe, quizás también haya ratones.

—Donna, ¿otra vez con los murciélagos? La alcaldía debería encargarse — contestó Hugo.

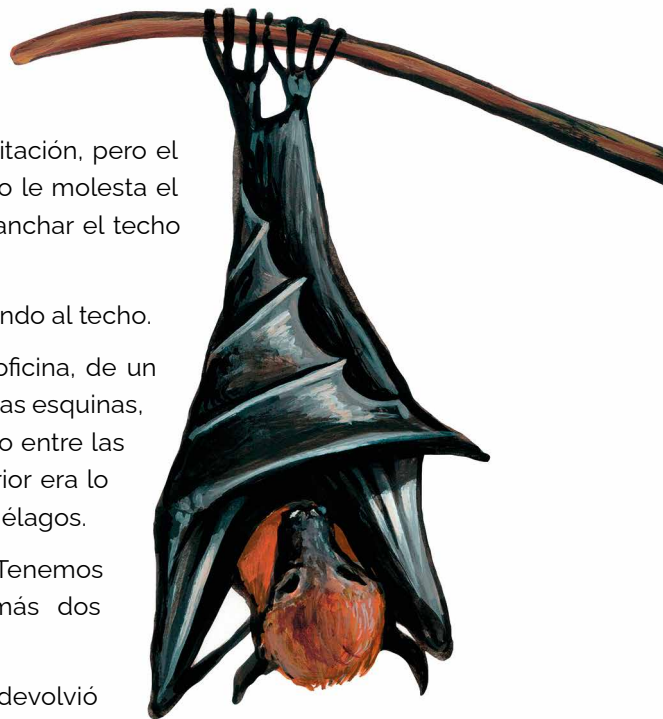
—Está bien—dijo Donna recuperando la carpeta—. Veré qué puedo hacer. Pero, lo que necesitamos es contratar a un fumigador.

—Si la alcaldía no lo hace, intenta con los bomberos —contestó Hugo.

— ¿Los bomberos?

—Ayer me pediste dinero para la contribución de los bomberos y ellos tienen escaleras ¿No es así? ¿O sólo sirven para estar sentados todo el día? —una línea se marcó en el entrecejo de Hugo.

—Si, ya pagamos la contribución de cada año. Es la ley para el permiso de funcionamiento. Pero...



Hugo entrecerró sus manos.

— Veré que puedo hacer —contestó Donna, poco convencida.

—¿Dónde está Vincenzo? —preguntó Hugo. Necesito hacer un envío urgente.

—Debe estar abajo —contestó Donna—. Se mete en las aulas para hacer la limpieza y no escucha cuando lo llaman. Yo ya le he dicho que, como conserje, tiene que estar más atento a lo que usted necesita, y que pase por aquí en las mañanas; no quiero decir que sea mal empleado solo que está un poco sordo y a veces pierde tiempo en labores que...

—Entrégale este sobre —la interrumpió Hugo alzando la mano—. Y la chica Febres. La quiero entrevistar mañana. A las diez.

—¿La estudiante? —Donna no entendía por qué Hugo preguntaba por la chica Febres. Hugo acostumbraba a rodar varios proyectos y negocios y, aunque a veces le resentía, una parte de ella ya se había acostumbrado a que no le informara de sus asuntos.

Hugo no le contestó.

—Bueno, bueno. Está bien. Yo le aviso a Giulia Febres que esté en su oficina mañana a las diez en punto. ¿O a las nueve y cincuenta mejor? ¿Le indico algo más a Vincenzo? ¿Necesita usted algo más?

—Solo dele el sobre. La chica a las diez. Que no toque antes la puerta.

Donna salió en busca de Vincenzo Gatti, el conserje. Era el encargado de la limpieza en general por lo que tenía las llaves del instituto y la mala costumbre de tener todo cerrado, lo que la irritaba tremendamente. Lo encontró como siempre, con la ropa un poco grande y las llaves a la cadera cerrando los salones, y le entregó el sobre con los encargos de Muscatello.



3 Salermo tenía la costumbre de revisar su atuendo en el espejo del recibidor del tercer piso antes de entrar a la oficina de Hugo. Estaba orgulloso de su porte, adecuado para un policía romano. Se ajustó el cinturón del uniforme de los carabineros que usaba ceñido al cuerpo, y dejó al descubierto una gruesa cadena de plata en la mano derecha.

Entró a la oficina de Hugo Muscatello con desparpajo, se quitó la gorra y la colocó sobre el escritorio. Observó a Hugo de reojo quien, desde su posición en la silla de cuero, levantó la vista del papel que tenía entre manos. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás y las patillas irritadas, seguramente por la insistencia en cortarlas al ras. Vestía un chaleco beige y pese a que no hacía frío, conservaba puesta la chaqueta en tela de lana azul.

Salermo abrió la bolsa de papel que traía consigo. El papel crujió ruidosamente al abrir su contenido: un par de croissants de mantequilla.

—¿Un croissant? —preguntó Salermo, ofreciendo uno de los panes.

Hugo negó con la cabeza y él aprovechó para engullir el primero de los croissants. Las migas cayeron en el piso.

—¿De quién es? —preguntó Salermo señalando el papel que Hugo tenía en la mano. Era un carboncillo del rostro de una chica.

—Es la hija de Febres, quien ingresó al instituto —contestó Hugo, dejando el carboncillo sobre el escritorio— Creo que este dibujo lo hizo el viejo Febres, tiene su estilo.

—Es bonita —Salermo viró con dificultad su cuello. Tenía las manos con grasa así que no se atrevió a tomar el papel—. ¿Quién es Febres?

—Es el pintor de Apalagos, vendí una de sus obras: "El jilguero en el túnel". Te comenté sobre él. ¿No lo recuerdas?



—Si, creo que sí. —Salermo no recordaba para nada a ese tal Febres.

—Febres murió en un accidente en las minas. Sus obras están muy cotizadas, quizás podamos conseguir alguna de ellas. La cité a la hija a las diez —contestó Hu-go— debes de marcharte antes.

Salermo se apresuró en cerrar la bolsa con el croissant restante.

—Que duro que eres con tu amigo. Yo, en cambio tengo algo para ti — dijo el policía. Sacó del bolsillo del pantalón una cartera de terciopelo oscuro con sellos bordados en sus esquinas y cosido con hilo de plata. Lo colocó sobre el escritorio. —Una obra de arte para el director del instituto— dijo con orgullo e hizo un movimiento con la mano invitando a Hugo a hurgar en su contenido.

Hugo tomó la tela y desenvolvió un arma con lomo de acero y cuerpo color negro azabache. Era inusualmente pequeña. La empuñó con tres dedos.

—Beretta de 9 mm, pico corto —dijo Hugo.

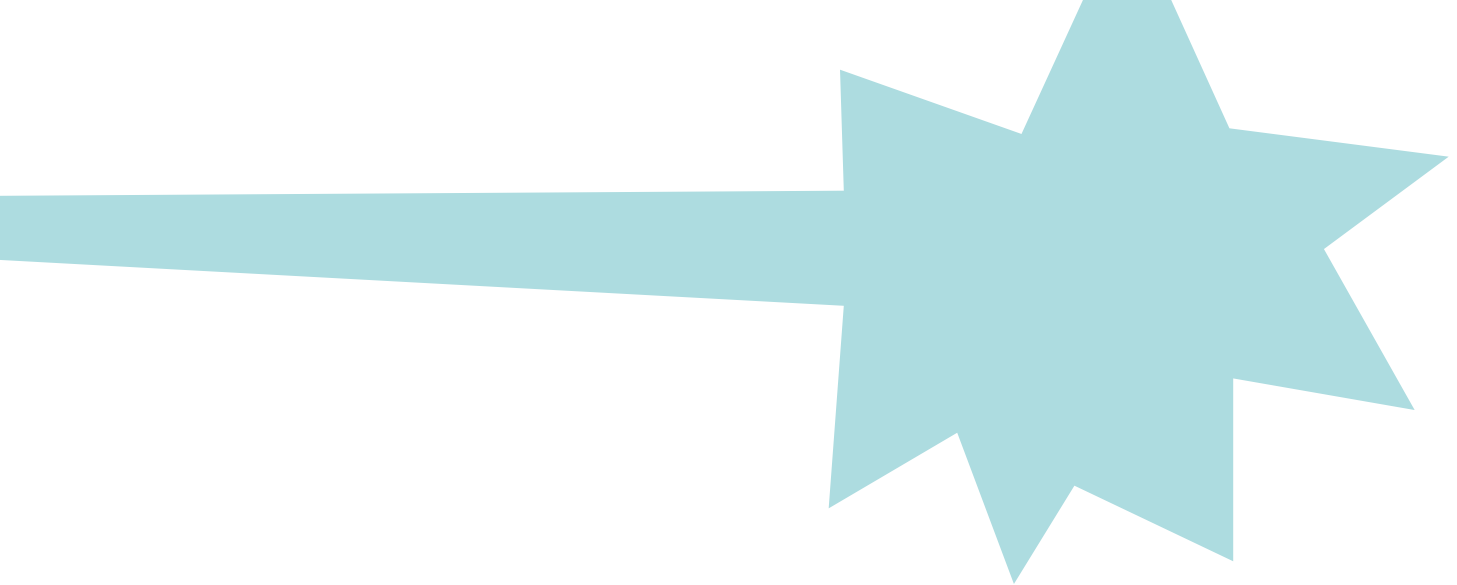
—No es cualquier Beretta. Es una edición especial. Mira el sello. Sólo hay doscientas de este modelo.

Hugo revisó el sello en el lomo: la calavera de una oveja con dos cuernos largos e iguales. Era un modelo armónico: negro con plateado, con el martillo oculto. Retiró el cargador y le dio vueltas entre las manos.

—No está grabado el calibre —dijo Hugo.

—Si, hmm —Salermo movió el hombro—. Es original. Ya lo revisé.

Hugo verificó que la recámara se encontrara vacía y la cerró nuevamente. Re-pitió el procedimiento con una mano.



—¿Me trajiste un arma de mujer?

—Una preciosidad —respondió Salerno— es un arma de la aristocracia. Hay una diferencia.

—¿Y el otro cargador?

—¡Aah! —dijo Salerno— Aquí está —metió la mano en el bolsillo—. Toma el otro cargador. —Lo depositó despacio sobre la mesa.

Muscatello guardó la pistola dentro del escritorio. El cargador no lo guardó en el escritorio sino en la arquilla a sus espaldas sobre la que se exhibían sus trofeos de tiro.

Hugo no dijo nada más, pero Salerno conocía lo suficiente a Muscatello como para reconocer que le había gustado sobremanera la adquisición. Satisfecho, se colocó la gorra y salió de la oficina. Bajaba distraídamente las escaleras cuando re-conoció a la chica del retrato, que en ese momento subía al tercer piso. La escalera era angosta, así que Salerno se detuvo abriéndose a un lado para dejarla pasar. La chica vestía unas mallas que dibujaban unas pantorrillas ligeramente mas gruesas de lo usual, el suéter de lana que la cubría casi hasta las rodillas. Repasó sus facciones con avidez: El pelo lacio de un cobre brillante la cubría por debajo de los hombros, se tropezó en el escalón y se le enrojecieron las mejillas. Una marca bajo su ojo izquierdo. Cuando Giulia Febres desapareció de su vista, sintió la enorme necesidad de fumar un cigarrillo y bajó las escaleras, dejando escapar un sonoro suspiro.

# 4

Giulia, inquieta con la actitud del policía en las escaleras, apresuró el paso. Eran las diez en punto cuando tocó la puerta de la oficina del director. Fueron dos golpes, luego silencio.

—Adelante —Escuchó con claridad.

Un olor desagradable, como amoniaco rancio la golpeó al entrar. Era una oficina de gran tamaño: tras el escritorio una arquilla con trofeos y bajo la ventana, antes de entrar a la salita que era parte de la oficina, un gran bonsái.

Hugo Muscatello era una portada de revista, estaba sentado detrás del escritorio, con el cuerpo hacia delante y los brazos cruzados sobre la mesa. A través del traje, parecía distinguirse una musculatura magra y fuerte. Tenía la boca bien formada, el pelo negro, peinado hacia atrás. Sus ojos eran dos obsidianas impenetrables enmarcadas en unas cejas finas y bien formadas. Su aspecto era pulcro y cuidado, y sus rasgos alargados y rotundos era muy diferentes a la contextura gruesa y redondeada de los hombres de Apalagos.

—Soy Giulia Febres —su voz remarcó el acento de las islas del este, le ocurría siempre que estaba nerviosa.

Hugo la invitó a sentarse.

—¿Eres italiana?

—Soy de la Isla Apalagos —dijo Giulia y esperó la reacción: Decir Apalagos era decir mucho. A pesar de ser una pequeña isla, Apalagos tenía veinticuatro partidos políticos que luchaban por independizarse de Italia, actitud que poco se comprendía e incluso resentía a la comunidad italiana. Suspiró. Ni bien empezaba la entrevista y ya estaba metida en problemas.

—Así que eres de la colonia —dijo Hugo.



—Así es, señor Muscatello —dijo Giulia.

—Lámame Hugo —contestó. Los labios se tensaron en las comisuras, formando una media sonrisa.

Giulia se mordió el labio, hubiera preferido no empezar la entrevista hablando de la isla.

—Esperaba a un director de mayor edad —soltó Giulia.

—¿Te molesta mi edad?

—No —contestó Giulia sonrojándose a su pesar—. No había querido decirlo en voz alta. Sólo me sorprendió.

—Soy mayor de lo que aparento —sonrió complacido.

Unos pasos de roedor se escucharon en el techo. Luego, un chillido agudo.

—¿Qué es eso? —preguntó Giulia mirando hacia arriba.

—¿Tienes miedo a los murciélagos? —preguntó Hugo.

Giulia miró al techo y luego cruzó las manos sobre sus rodillas, incómoda. El olor amoniacal del cuarto le estaba provocando náuseas.

—¿Cómo se llama la academia de arte de Apalagos?

—No existen academias. La isla se dedica a la extracción de cobalto —contestó Giulia.

—Dicen que también hay diamantes.

—Sí, eso dicen. Pero nunca he visto que extraigan uno.

—Así que conoces los túneles —afirmó Hugo.

Giulia se sobresaltó. Las minas eran una realidad de la isla, el único sustento económico, pero Giulia no resistía estar en los túneles subterráneos. Había estado allí seis meses: Bajaba quince metros de profundidad, las paredes eran estrechas y parecían poder colapsar en cualquier momento. No había luz y el oxígeno era es-caso. Debajo de las minas, las pequeñas explosiones dejaban un regusto a pólvora que irritaba la nariz y la garganta. Muchas veces vio a su padre retornar de las mi-nas, pálido y cansado. Pero nunca imaginó lo que eran las horas de trabajo bajo la tierra, tampoco imaginó que su padre perdería la vida en ellas.

—Todos en Apalagos hemos estado en las minas.

Giulia alzó la vista sobre su cabeza —Si suenan como murciélagos— dijo.

—Supongo que sí —Hugo alzó una ceja—. Tenemos a una minera que quiere pintar. El autorretrato que enviaste en la solicitud ¿lo hiciste tú? —Hugo subió el tono de voz con la pregunta.

—Si, claro que lo hice yo —contestó Giulia.

Hugo pareció pensarlo.

—¿Dónde aprendiste entonces?

—Mi padre fue mi maestro. Me enseñó a dibujar y a pintar.

— ¿Tu padre? ¿Es decir que no has asistido a la academia? ¿Y dónde aprendió tu "maestro"?

—No lo sé —contestó Giulia. Ni podrá preguntárselo, pensó. Inconscientemente llevó la mano debajo del ojo y tocó su cicatriz con suavidad.

Hugo siguió el movimiento.

—Me gustaría conocer la técnica de tu maestro ¿Tienes alguna de sus obras?

—No, su taller se perdió. El tenía muchas obras, pero hubo un gran incendio y se

perdieron todas. —Giulia se miró las manos y se acomodó en la silla —Hubo un derrumbe en los túneles, murieron personas, luego en medio de las protestas se incendió el distrito de la ciudad.

—¿Se quemó todo?

—Se perdió todo —contestó Giulia bajando la mirada.

Hugo golpeó el escritorio con los nudillos. Giulia subió la mirada.

A Giulia le pareció que al director le había molestado la mención de su padre. Tenía el ceño fruncido y parecía mal humorado.

Giulia se enderezó en la silla, se acomodó el pelo y lo apretó tras la oreja.

Hugo siguió el movimiento.

—¿Tu madre?

—Luego de que mi padre muriera, ella se casó nuevamente — contestó Giulia. Se sintió vulnerable con tanta intimidad, no le apetecía contestar preguntas perso-nales.

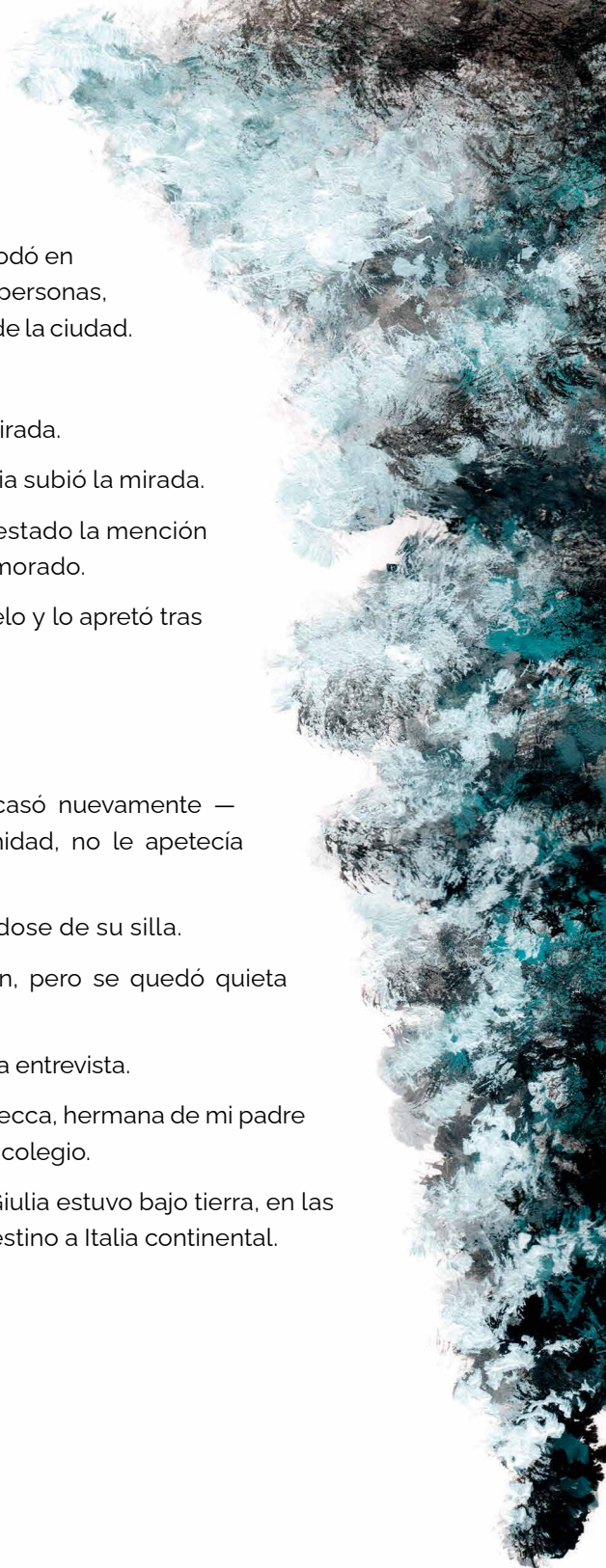
—¿Vivías con ella? —preguntó Hugo, levantándose de su silla.

Giulia sintió el impulso de levantarse también, pero se quedó quieta en la silla.

Apalagos y sus padres; no iba por buen camino la entrevista.

—No, en Apalagos vivía en la casa de mi tía Rebecca, hermana de mi padre —contestó Giulia desviando la mirada— allí terminé el colegio.

Rebecca la había mandado al campo minero. Giulia estuvo bajo tierra, en las minas, hasta el día que se embarcó en el barco con destino a Italia continental.





—¿Tu tía también pinta? —preguntó Hugo— Aquí han llegado familias enteras, más entusiastas que hábiles.

—No. Ella no es de las personas que pintan —contestó Giulia.

Los murciélagos del techo emitieron unos gritos agudos, Giulia pensó que se estaban comiendo entre ellos.

Hugo tomó el papel con el autorretrato de Giulia. Un destello brilló en sus ojos negros.

—¿Por qué no la dibujaste? —preguntó Hugo llevando la mano a la mejilla izquierda de Giulia y retirando el maquillaje.

La cicatriz parecía una gota. Era rosada y caía como una lágrima. Los dedos blancos de Hugo rozaron la piel abultada.

Giulia sintió la mejilla caliente, pero no se movió. Tenía otra marca, sobre el párpado superior, pero Hugo no la tocó.

—No me gustan las marcas —contestó Giulia—. Mis pinturas no tienen marcas —dijo con una furia inusitada.

Los labios finos de Hugo se tensaron en las comisuras. Giulia no pudo determinar si se burlaba.

—Dime: ¿Por qué viniste a este instituto? —preguntó Hugo, bajando al fin la mano.

—Me interesa el programa de la galería de Milán —dijo Giulia.

Muscatello regresó a su asiento.

—¿Conoces la Galería de Milán? —preguntó, relajándose en la silla.

—He estado en la galería —contestó Giulia.

— Es un programa de tiempo completo, para pintores dedicados. No es para tu perfil, Giulia.

Giulia sintió la puñalada de la decepción. Ella era dedicada. No entendía la actitud del director frente a su interés en el programa.

—La exposición en galerías no es para todos —continuó Hugo—. Nosotros tenemos un programa de preparación, pero muy pocos entran. Me gustaría que no te desanimas y que mantengas tus opciones abiertas.

—Entiendo, señor director —se escuchó contestando.

—Hugo, dime Hugo —e hizo un movimiento de despedida.

Giulia bajó los escalones. Aliviada de haber terminado la entrevista y de salir de la oficina. No pudo evitar pensar que Hugo Muscatello parecía muy joven para ser un director y que lucía bien en ese traje oscuro a tres piezas; se llevó la mano a la cara recordando el contacto con su cicatriz y pronto olvidó el olor desagradable del tercer piso y la inquietud que había percibido en la entrevista.

